

CRONICAS

I. - Crónica Social de España

No hacemos crónica. Más bien algún comentario del ambiente social del trimestre.

Pesan en el ambiente el programa, el comentario y la polémica en torno al Plan de Estabilización. Nace la esperanza en unos porque la actual coyuntura de entendimiento de Europa, en lo económico —o el esfuerzo por lograrlo—, dispone mejor los ánimos, crea favorable clima para el arreglo de lo de casa; aparte de que el Plan no es salir del apuro de momento, sino de poner a la economía española en condiciones de soportar airosamente la plena toma de contacto con la economía internacional. Crece la alarma, la inquietud con desconfianza en otros, por los problemas que plantea y por verse difícil su solución, dado nuestro modo de ser.

Indudablemente que, admitiendo las tendencias a largo plazo, entre los buenos efectos inmediatos pueden contarse: haberse dado con medios de auscultación de la coyuntura, como nunca en España, por la extensión y por la autenticidad: empeño en acertar tanto los que dirigen desde la torre de la alta dirección como muchos desde los puestos de mando de cada aplicación concreta. Como efecto fundamental e importantísimo a largo plazo del Plan de Estabilización juzgaba el señor Ministro de Comercio «el que los sectores económicos españoles hagan examen de conciencia... para modificarse en el sentido que fuera preciso», ya que «el Plan de Estabilización ha tenido el efecto de una pantalla de rayos X, en la cual vemos proyectadas todas y cada una de las empresas, libres de hojarasca, en su esqueleto, señalando aquello que las había de sostener en una lucha de competencia interior e internacional». El diagnóstico es optimista para las verdaderamente sanas: triunfarán; sin alarma para las bien situadas, aunque no tanto como las primeras: si su empresario quiere y está dispuesto a arrimar el

hombro, salen adelante. Y es sinceramente realista para las que la radiografía demuestra que los remedios serían gasto inútil; tienen que morir. «Sabíamos que era inevitable que ocurriese, y en bien de toda la economía española tendrá que suceder así.»

* * *

Del ambiente de la calle, y del más interesante del mundo empresarial y financiero, se recogen comentarios: a) Las medidas de estabilización han producido el efecto deseado; pero han provocado, a su vez, una sicosis de depresión que puede hacer peligrar la expansión económica realizada en estos últimos años en España. Con exageración en la depresión y en el aprecio de las «bajas», según algún dirigente financiero: no puede haber guerras sin bajas, y ésta es la guerra contra la inflación.

b) Repercusión del paro: paro real y paro encubierto. Algunos juzgan grave el actual paro encubierto, que hace carísima la producción de bienes, pero que se explica por el no interés generalizado de la mano de obra, ausente de la responsabilidad de la dirección de la empresa.

c) Más que de paro absoluto había que hablar del descenso de ingresos reales por supresión de horas extraordinarias que suponían un monto notable sobre el salario real. Que aun cuando la Organización Sindical declara por uno de sus dirigentes: «nos oponemos a las normas salariales que excedan las ocho horas...; todo lo que se acumule al salario legal son parches, y hay que aspirar a un salario que cubra las necesidades del trabajador»; ésto como ideal es magnífico, y ojalá se dé algún día próximo; en las actuales circunstancias era un monto económico estimable el de las horas extraordinarias.

e) Hay restricción de créditos. Entraba en el Plan de Estabilización: contención de créditos y gastos, privados y públicos, y una ordenación de inversiones, junto con una mayor flexibilidad en la economía producto de la desaparición de organismos interventores. Explicable que se hayan dado impactos en los principales sectores económicos y financieros, crédito y Banca, inversiones, emisiones de valores, mercado de capitales, comercio exterior, balance de pagos, etc.

* * *

Reflexionando y exhortando a la reflexión colaboramos a la que debe ser tarea de todos, con unas ideas. Remitiendo al lector, tanto a *Editorial*, como al artículo «Encrucijada del Paro»:

a) Hay que mirar las cosas a largo plazo en relación con la vida de las naciones, no con la de los individuos: aunque dando prisa y urgiendo el

remedio, porque quien vive alcanzado siente en sus carnes las duras consecuencias.

b) Se necesita sentido de las exigencias del bien común y entrega a su consecución contra el egoísmo cerrado que nos domina.

c) El subsidio de paro atiende al problema del obrero fijo; ¿qué solución se da para los eventuales? Sobre todo los que quieren y no pueden trabajar. Los que, si carecen, tal vez, de preparación profesional, les sobra deseo de entrega y rendimiento, poniendo voluntad seria en el trabajo.

Tampoco debe sentirse segura la empresa que no es económicamente rentable, que no interesa desde el punto de vista del bien común; no tienen por qué pagar los obreros y el consumidor las consecuencias de dirección y gerencia de patronos sin cualidades o de empresas montadas alegremente sin firmeza. ¿Se puede exigir, desde el punto de vista social —por salvar situaciones externamente escandalosas—, la continuidad de industrias ruinosas para evitar un paro alarmante?

d) Pensando en el *despido*, danza en la mente una preocupación o consecuencia moral que no somos los primeros en plantear: Pío XI salva de la obligación de entregar circunstancialmente al obrero el salario que justamente le pertenece cuando la empresa atraviesa una crisis no debida a impericia del empresario. Pero en tales circunstancias hay suspensión de cobro de derechos en el obrero, no renuncia definitiva a ellos; renacen éstos cuando, salvada la crisis, se obtiene un rendimiento que, traducido en beneficios, no pertenece al capital exclusivamente porque no son fruto de su exclusiva actividad. ¿Habían salvado ya todas estas empresas, dispuestas al recurso del paro, sus obligaciones con los obreros? ¿No se dieron, durante años, beneficios excesivos que, si antes no se repartieron, moralmente obligaría a alguna forma de participación antes que decidirse por el despido?

Externamente, el elemento que parece perturbador de la paz social por el descontento económico es el trabajador; puede que con no menor frecuencia —cierto con menos fundamento— perturbe el orden social el capital, por la insatisfacción económica, que le lleva hacia la injusticia; su avaricia, su ansia de dinero tendrá formas más refinadas y menos escandalosas hacia el exterior y menos expuestas a hacer impacto en el impresionismo de la calle. Con el peligro, por otra parte, de que se exagere fabulosamente la realidad o se generalice lo que es conducta inmoral de los menos.

e) El orden social requiere una traducción real de principios en cuanto el bien común lo permita: percibir los ingresos necesarios para una vida digna, con una jornada normal de trabajo, sin necesidad de acudir a las horas extraordinarias..., pero con un rendimiento suficientemente compensador en el orden económico.

Los patronos alemanes, hace poco, lanzaban una voz de alarma: «Si los obreros siguen exigiendo mayores sueldos y menores jornadas de trabajo, ponen en serio peligro el valor del marco», sobre todo ahora que en la aper-

tura de aduanas sólo sobrenadarán los más aptos, los que pueden producir mejor y más barato; el peligro es claro allí donde existe falta de mano de obra. Pero hay que ganar la confianza al obrero.

El Instituto Español de Emigración invoca una emigración comprensiva porque prevé desproporción entre el desarrollo económico y el demográfico. El desarrollo económico, de hacerse efectivo el Plan calculado, para 1972 habrá creado 2,7 millones más de puestos de trabajo, quedando, por el crecimiento de la población, 604.000 personas que no podrán ser absorbidas.

f) *Libre juego de las fuerzas económicas.*—Ha de dejarse su buena parte a la iniciativa privada. Hablaba en noviembre, en la Casa Sindical de Madrid, el Dr. Lindrath. Volviendo la vista atrás, para obtener escalas y puntos de referencia apropiados para las actuales tareas en el campo de la política económica y social, impresionaba con los datos sobre los años que siguieron al derrumbamiento alemán; en todos los sectores de la vida económica y social, la contienda había dejado su impronta de formidables destrucciones: falta de alimentación, sin suministros de los más perentorios artículos de consumo, apenas sin materias primas para la producción industrial; «en todo dependíamos de la ayuda extranjera». Era el grave desajuste de la economía monetaria y financiera, agudizada por un mercado negro en que los artículos se cotizaban a un precio cada vez más alto. Faltaba capital, incluso para las inversiones más urgentes. ¿El milagro económico alemán?: «en nuestra reconstrucción desempeñó un papel decisivo la ayuda del plan Marshall, pero después vino el resultado de una política consecuente, la política de la economía social del mercado libre».

En España los supermercados, según testimonio del señor Ministro de Comercio, han demostrado, al llegar a la creación del duodécimo, que el Estado debe cortar su directa intervención «al verse desbordado por la iniciativa privada», que en este caso se ha decidido a actuar eficazmente; no a lamentarse, porque ante solos lamentos y críticas el gerente del bien común se ve obligado a suplir ineptitudes e inoperancias.

g) Para todo este programa, ¿nos falta el elemento hombre? Cuadros obreros, serenamente conscientes de sus derechos y sus obligaciones, formados para exigir, sin claudicar ante el temor o el soborno, que hagan posible la actuación de sus compañeros como enlaces, porque los apoyan, preocupados con el bien común de la clase y de la nación, porque en ellos hacen impacto hondo los males que la lesión de la familia a lo grande sufre o puede sufrir. Cuadros patronales, dirigentes de la economía, de la política, de la administración, de la cultura..., valientes para entregarse, con sus cualidades, al servicio de los económica, profesional, moralmente débiles. Con la clara idea del cumplimiento del deber como ideal. «Equipos dirigentes con vocación de servicio», que decía el Jefe del Estado en su discurso de fin de año.

La mirada puesta en el bien común. Como comentaba, con el acierto de siempre, Severino Aznar en uno de sus estudios, es soñar pensar en una sociedad decente con individuos egoístas, granujas o envilecidos. Con soció-

logos como Comté sostiene que entre las condiciones esenciales a toda sociedad, una de ellas es un mínimo de subordinación del egoísmo al altruismo, y que a medida que ese mínimo crece, la sociedad se robustece, y al revés. Y repite un concepto de Santo Tomás: la sociedad tiene un principio vital, un alma; esa alma es el bien común; cuando los individuos sustraen su colaboración a ese bien común asesinan la sociedad porque roban el alma.

Y más al día: sin moral profesional, hoy que se vive en la profesión más que en la familia y que en el Estado, no hay que pensar en un Estado ordenado y fuerte. Y hay que devolverle el alma a España, haciendo sentir el bien común y haciendo fácil y general el sacrificar a ese bien común de la patria el interés individual, el familiar, el de la profesión o el de la clase. Será así posible enfocar las cosas con serenidad. Exigir competencia en la dirección; merecer su confianza para ser informados en un grado que mata recelos. Tener limpieza, de mente y de corazón, para no trastocar la jerarquía de valores —fin de medios—, ni en el aprecio teórico, ni en la conducta práctica. Mirar serenamente las cosas; si de medios se trata, estarán sujetos a oscilaciones, cambiar la orientación, si la coyuntura lo pide, no tiene por qué causar alarma.

* * *

Los equipos de televisión, nacionales y de eurovisión, recogieron el espectáculo de las calles de Madrid saturadas de simpatía al paso del Presidente norteamericano. Su sonrisa y sus brazos abiertos simbolizan el anhelo de paz que le ha empujado a la hazaña de recorrer miles de kilómetros, en vísperas del día que sabe a paz por excelencia porque la cantaron los ángeles ante un recién nacido que se llamaría «Príncipe de la Paz».

Bien está sentirse administrador de Dios en los bienes materiales para atender, con gesto generoso, a los 1.800 millones de hombres de los países subdesarrollados que esperan ayuda para poner en actividad sus fuerzas. Bien está el que el paso de un hombre, al frente de una nación poderosa, despierte sentimientos pacíficos y haga florecer sonrisas más que temores. Bien está que vaya buscando y encontrando colaboradores sinceros al establecimiento de esa paz que el mundo anhela; paz no de calma anquilosada y muerta, paz que hace más fácil el triunfo de la justicia respondiendo a una inquietud por poner en actividad los talentos que el Señor no quiere que estén inactivos; ahora, cuando Él acaricia la mente de los hombres para que descubran nuevos secretos del mundo de la naturaleza, hay mayor responsabilidad en quienes se sienten poseedores de talentos culturales, morales, puestos de dirigentes para multiplicar el bien en torno y en ayuda de tantas necesidades.

F. V.